

Georg Trakl

Helian

I

En las solitarias horas del espíritu,
Es hermoso ir con el sol
A lo largo de los muros amarillos del verano.
Los pasos suenan ligeros en la hierba; pero duerme
siempre]
El hijo de Pan en el mármol gris.

De noche nos embriagamos en la terraza con pardo
vino.]
Rojizo ardía el durazno en el follaje;
Dulce sonata, alegre risa.

Hermoso es el silencio de la noche.
Sobre la oscura llanura
Nos encontramos con pastores y blancas estrellas.

Cuando nace el otoño
Se muestra una claridad sobria en el bosquecillo.
Tranquilos vagamos a lo largo de rojos muros
Y los redondos ojos siguen el vuelo de los pájaros.
De noche cae la blanca agua en urnas funerarias.

En ramajes desnudos celebra el cielo.
Con manos puras el campesino lleva pan y vino
Y apacibles maduran los frutos en despensa soleada.

Oh qué serio es el rostro de los amados muertos.
Pero el alma se alegra con una mirada justa.

II

Poderoso es el silencio del jardín devastado,
Donde el joven novicio, coronada la frente de pardas hojas,
Su hálito bebe helado oro.

Las manos tocan la edad de aguas azules,
O en noches frías las blancas mejillas de las hermanas.

Leve y armonioso es el corredor a través de amistosos
cuartos,
Donde la soledad está y el murmullo del arce,
Donde quizás el tordo cante aún.

Hermoso es el hombre y evidente en la oscuridad,
Cuando con asombro mueve brazos y piernas,
Y en purpúreas cuevas los callados ojos gira.

Hacia el véspero se pierde el extraño en la negra
destrucción de noviembre,
Bajo ramajes podridos, a lo largo de muros plenos de lepra,
Donde enfrente, hace mucho tiempo, andaba el santo
hermano,
Inmerso en el dulce tañido de cuerdas de su locura.

Oh qué solitario termina el viento del anochecer.
Muriéndose inclina la cabeza en la oscuridad del olivo.

Estremecedor es el crepúsculo del linaje.
En esta hora se llenan los ojos del que mira
Con el oro de sus estrellas.

Al anochecer se hunde-un carillón, que no tañe ya,
Se deterioran los negros muros en la plaza,
El soldado muerto llama a la oración.

Un pálido ángel
Entra el hijo en la casa vacía de los ancestros.

Las hermanas se han alejado de los blancos ancianos.
De noche las halló el dormido bajo las columnas
del corredor]
Vueltas de peregrinaciones tristes.

Oh qué tieso de excrementos y gusanos está su cabello,
Donde él, dentro, está de pie con plateados pies,
Y aquéllas salen muertas de desnudos cuartos.

Oh vosotros salmos en lluvias de fuego de medianoche,
Cuando los siervos golpean con ortigas los dulces ojos,
Los frutos infantiles del saúco
Se inclinan con asombro sobre una tumba vacía.

Leves ruedas amarillentas lunas
Sobre las febriles sábanas del joven,
Antes de que siga el silencio del invierno.

Un destino sublime reflexiona a lo largo del Kidron,
Donde el cedro, una débil criatura,
Se despliega bajo las cejas azules del padre,
De noche guía un pastor su rebaño por la pradera.
O son gritos en el sueño.
Cuando un ángel bronceado se encuentra al hombre en
el bosquecillo,
La carne del santo derrítese en la ardiente parrilla.

En torno de casas de adobe trepa la purpúrea vid,
Resonantes haces de amarillentos granos,
El zumbido de las abejas, el vuelo de la grulla.
De noche se hallaron resurrectos en rocosos senderos.

Esbeltas criadas tentalean en las callejuelas de la noche
Por ver si hallan a los pastores amantes.
Dulce canto resuena las noches de sábado en las cabañas.

Deja que la canción evoque también al muchacho,
Su locura, las blancas cejas y su partida,
Él, putrefacto, que abre azulmente los ojos.
Oh cómo es triste este volverse a ver.

Los peldaños de la locura en negros cuartos.
La sombra de los viejos bajo la puerta abierta,
Cuando el alma de Helian se vio en el róseo espejo
Y nieve y lepra caen de su frente.

En los muros se apagaron las estrellas
Y las blancas formas de la luz.

Del tapiz salen huesos de las tumbas,
El silencio de las maltratadas cruces en la colina,
La dulzura del incienso en el purpúreo viento de la noche

Oh vosotros destruidos ojos en negras bocas,
Cuando el nieto en dulce ropaje nocturno
Solitario medita en el oscuro fin,
El callado Dios baja los párpados azules sobre él. ◇